

AXEL TORRES

11
CIUDADES

**VIAJES
DE UN
PERIODISTA
DEPORTIVO**

CONTRA

2

LONDRES

PÁG. 37

6

MÚNICH

PÁG. 145

3

SEVILLA

PÁG. 69

1

SABADELL

PÁG. 15

4

LISBOA

PÁG. 93

7

SWANSEA

PÁG. 171

5

MEDVODE

PÁG. 121

8

VIENA

PÁG. 197

9

ASUNCIÓN

PÁG. 221

10

TOKIO

PÁG. 245

11

EIBAR

PÁG. 275



CAPÍTULO 6

MÚNICH

**O CÓMO CUATRO JUGADORES DEL PALERMO GANARON
UN MUNDIAL EN EL QUE ALEMANIA SALIÓ A LA CALLE PARA
CELEBRAR UN TERCER PUESTO**

A Robert Bach

Si un Mundial es ya especial de por sí, para mí el de Italia 90 representó el descubrimiento del fútbol. El Camerún-Argentina que lo inauguró fue el primer partido que vi íntegro en mi vida. En nuestro antiguo piso en la calle Zurbano, reunidos los cuatro miembros de la familia en el sofá marrón de terciopelo. Se había jugado en San Siro a las seis de la tarde, pero mis padres tenían a esa hora la tienda abierta y decidieron grabarlo en VHS para que lo viéramos después de cenar la clásica pizza tropical de los viernes, acurrucados en un edredón que no daba para todos. Ganó el conjunto africano gracias a un gol de Oman-Biyik: mi madre, a la que el fútbol no le gustaba, lo celebró porque ocho años antes, en España 82, «la sandía mecánica» le había parecido un equipo simpático. Yo no acababa de comprender el por qué de tanta excitación: partía de cero, no tenía ningún *background* ni conocía la historia, así que no sabía que una victoria de Camerún ante Argentina suponía una sorpresa monumental. Nadie me había dicho que Argentina era mejor que Camerún. Me pareció todo tan natural que tampoco supe exactamente qué quería decir mi padre cuando, fastidiado, apagó el televisor cuando Gary Lineker convirtió su segundo penalti en la prórroga de los cuartos de final para que Inglaterra acabara con la aventura de Roger Milla y Tommy N’Kono. «Siempre ganan los mismos, no hay derecho», dijo, y se fue a su habitación. Un año después, aquel estrafalario guardameta camerunés que había descubierto en mi primer verano de fútbol fichó por el

Sabadell: un acontecimiento tan llamativo que creo que incluso fuimos portada del *Sport*.

Recuerdo tantas cosas de ese Mundial porque fue la terapia de *shock* con la que me aficioné al fútbol: un de 0 a 100 radical, un flechazo casi obsesivo. De no haber visto un solo encuentro hasta los siete años a verme todos los de la Copa del Mundo de golpe, anotando en una libreta los resultados, las clasificaciones y los goleadores. A amar aquella Argentina que, pese a haber perdido el encuentro inaugural, luego se recuperaría y acabaría llegando a la final gracias a las individualidades que tenía en las áreas: el portero Goicoechea, que entró en el equipo por la lesión de Pumpido, y las combinaciones entre Maradona y Caniggia en ataque. Cuentan los cronistas que lo observaron desde una perspectiva histórica que aquel fue un Mundial terriblemente gris, escaso en buen juego, aburrido a más no poder. A mí me encandiló. Me quedé prendado de toda la grandeza que desprendía: la pasión, la estética de las camisetas, las banderas ondeantes en la clásica realización televisiva italiana, los nombres en cuatro idiomas de los distintos países en el álbum de Panini, los estadios míticos, los jugadores de leyenda —«¿quién ha sido el mejor de todos?»—, le pregunté a mi padre al terminar el campeonato, y se fue hacia la página de Alemania y me señaló a Matthäus—, la mascota que definía una época —el entrañable Ciao, una silueta con un balón por cabeza y que parecía un mecano—... A veces he pensado que quizá soy tan generoso con el juego, quizá soy tan capaz de divertirme viendo partidos de nivel bajo, porque nací para el fútbol en Italia 90. Mi educación nunca consistió en exhibiciones colectivas para la posteridad, así que jamás me sentí en condiciones de exigirles en mi madurez. A mi paladar le bastaba con la competición y con la emoción. Crecí divirtiéndome con el mero hecho de descubrir quién ganaba: no buscaba regodearme en la forma. Alemania levantó la Copa tras vencer a Argentina en la final con un gol de Andreas Brehme, que transformó un controvertido penalti de Roberto Sensini a Rudi Völler. Pero yo por aquel entonces aún no sabía qué era la polémica. Fue un 1-0 pírrico, supongo que feo. Sin embargo, para mí, Alemania fue durante cuatro años la solemne campeona del mundo, y su nombre

despertaba mi admiración solo por ello. Sin discusión alguna, sin dudas sobre su legitimidad, sin debates internos ideológicos. Había ganado el Mundial con el que me enamoré del fútbol.

Cubrir un Mundial era, pues, un sueño. El de 2006 se celebraba en Alemania, lo que permitía a los medios de comunicación españoles hacer un buen despliegue, por proximidad geográfica y coincidencia en la zona horaria. Desde que supe que iría, deseé que el IBC se instalara en Berlín y no en Múnich. Ya conocía las dos ciudades: en la capital del país había estado dos veces y en la de Baviera una, siempre con motivo de los InterRail de verano. El impacto de Berlín me golpeó a los veinte años y aún perdura. No fue, como en el caso de Eslovenia, un romance de vino y rosas. Fue algo más violento, más apasionado, más gamberro y más urbano. Algo, al fin y al cabo, similar a su idiosincrasia. Uno pasea por sus calles, ya sean Unter den Linden con la Puerta de Brandenburgo en el horizonte o una mucho más anónima que no salga ni en la *Lonely Planet*, y percibe desde el primer instante que en todos aquellos muros se respira historia. Que allí pasó algo. Que Europa, durante algún tiempo, estuvo pendiente de ese lugar. Y que el carácter de sus gentes tiene mucho que ver con lo acontecido. La respuesta de Berlín a sus tragedias, a sus barbaries, a sus divisiones, a sus aberraciones, me conmueve. Berlín levantó la cabeza y siguió hacia adelante, impidiendo que la culpa y la vergüenza destrozaran mentalmente a sus generaciones futuras, herederas de un ayer pero nada responsables de sus faltas. Y empezó a construirse a partir del optimismo, abrazando todo aquello que su nefasto pasado repudió: el cosmopolitismo, la contracultura, el arte y la música *underground*; el espíritu joven de los que se sienten conectados con el presente y que solo desean disfrutar y amar, aprender y sentir, respetar y convivir.

Sin embargo, el IBC se instaló en Múnich. En una ciudad más fría, más conservadora, más propia de paseos tranquilos por el parque —por el Englischer Garten— y de coches caros en los aparcamientos de las casitas adosadas. Mientras Berlín vibra, Múnich multiplica su influencia como ciudad de negocios, bien conectada con otras urbes de importancia financiera como Zúrich o Milán. Era, pues,

bastante lógico que el Centro Internacional de Prensa se instalara en el ambiente más relajado y más propicio para el trabajo de la capital de Baviera. Berlín mantendría su centralidad a ojos del mundo siendo la sede de la final, y Múnich concentraría al grueso de los periodistas desplazados e inauguraría el campeonato en su flamante Allianz Arena. Justo dos años antes había estado en la ciudad y el Bayern aún utilizaba el antiguo Olympiastadion, con su pista de atletismo y su tribuna futurista de media luna. Fuimos a ver, de hecho, un Bayern-Hertha, y cumplimos con la tradición alemana de comer un *bratwurst* y beber cerveza en una carpa repleta de mesas de madera instalada en el mismo recinto y llena de hinchas que calentaban motores de cara al partido. En verano de 2006, el Olympiapark había quedado relegado a una Fan Zone en la que se amontonaban aficionados de todo el mundo para ver en pantallas gigantes los partidos que se disputaban en otras sedes, o incluso el mismo que se jugaba a escasos kilómetros en el Allianz.

Fue el Mundial del entusiasmo. Y Jürgen Klinsmann tuvo mucho que ver con ello. En apenas dos años consiguió mutar el carácter del fútbol alemán. Logró que se pasara de la depresión tras la eliminación en la primera ronda en Portugal, de las dificultades para encontrar a un seleccionador que se atreviera a liderar el proyecto en casa y no se asustara ante las altas posibilidades de hacer el ridículo, a un clima de ilusión y orgullo, de camisetas de la selección por todas las ciudades del país, de ganas de ver a la nueva Alemania. Bastian Schweinsteiger representaba esa ruptura con el pasado. Era uno de los chicos nuevos, uno de los que no había formado parte del equipo caduco que se había estrellado en 2000 y en 2004. Es cierto que en medio de aquellas dos decepciones, la *Mannschaft* había sido finalista en el Mundial de 2002, pero lo había logrado con más fortuna que juego, con más intervención de la suerte en los cruces (cuartos ante Estados Unidos, semifinales ante Corea) que de sus propias virtudes como equipo. *Schweini* era el ídolo en aquel verano muniqués: su camiseta era la que más se observaba en Kultfabrik, el impresionante recinto de discotecas y bares que, algo apartado del centro de la ciudad, se convirtió en un punto de encuentro de aficionados de todos

los equipos en las noches de ocio posteriores a cada jornada futbolística. Klinsmann, celebrando cualquier gol en un partido amistoso como si se tratara de la final del Mundial, consiguió que Alemania se planteara el fútbol a partir de la sonrisa. Cuentan los que conocieron de cerca aquel proceso que era Joachim Löw, y no él, el que se encargaba de la preparación táctica. El que diseñaba las estrategias, el que se reunía con los jugadores pizarra en mano. Pero el rostro de la Alemania que en 2006 cambió de siglo y de milenio era Klinsi, el gran responsable de que Berlín se echara a la calle en masa para vitorear a sus héroes y celebrar el tercer puesto como si fuera un título el día después de que Italia se proclamara campeona del mundo. Su dimisión, a las pocas horas de aquello, provocó más de una lágrima. Pero él se marchó siendo consciente de que había hecho lo más difícil: modificar una mentalidad colectiva, introducir en la cultura del fútbol alemán todos aquellos conceptos que había aprendido en sus viajes por el mundo. La *klinsimania* situó la Alemania del balón a la misma altura que su sociedad: la ayudó a dar ese pasito de apertura que sus gentes habían interiorizado ya en su vida cotidiana, en unas ciudades cada vez más heterogéneas.

Hicimos vida en la zona de Neue Messe, en el distrito de Trudering-Riem, en el extremo Este de la ciudad, a más de veinte minutos en metro de la Marienplatz. El hotel estaba situado en la gran explanada que en su día fue el antiguo aeropuerto, tristemente célebre por el accidente aéreo que sufrió el Manchester United al hacer escala para cargar combustible tras regresar de un partido de Copa de Europa en Belgrado ante el Estrella Roja en 1958. Aunque el recinto cerró en 1992, se conservó la torre de control, que se podía observar desde el mismo *hall*. El IBC se encontraba a un cuarto de hora caminando, pero además salían autobuses cada diez minutos para acercarnos hasta allí. Casi todos los periodistas convivían en esa zona debido a la cercanía con el lugar de trabajo. A diferencia de lo vivido en Lisboa dos años antes, en Múnich el Mundial se respiraba desde el desayuno hasta las cervezas de la noche en el coqueto bar-coctelería situado junto a la recepción. Y el ambiente, claro, era más universal. Me hice amigo, por coincidir cada noche al regresar del

centro de prensa, de unos periodistas americanos de Univisión, con los que comentábamos el desarrollo del campeonato mientras consumíamos las alitas de pollo que quedaban como último recurso para llevarse algo al estómago a esas horas de la madrugada. Con ellos estaba José Luis Chilavert, el mítico portero de Paraguay, ya retirado por aquel entonces y comentarista del torneo. Una noche, nos tuvo a todos los enviados especiales de la COPE sentados a su alrededor durante casi una hora escuchándolo expresar sus controvertidas opiniones. Había engordado notablemente y casi ningún portero en activo le parecía que estuviera a su altura. Reconoció que cuando era jugador decía cosas disparatadas para atraer la atención de los medios hacia el fútbol paraguayo, tan marginado a veces. Muy a menudo, nuestra actividad nocturna nos impedía llegar a tiempo para desayunar la mañana siguiente, y la cafetería Illy del centro comercial cercano se convertía en el mejor recurso: *espressos* o *caffè lattes* estandarizados de factoría italiana, una garantía en tierras demasiado norteadas para según qué cosas. Pero una vez entrábamos en el IBC, la jornada se prolongaba sin interrupción posible. El Mundial, con una primera fase de tres partidos diarios, exigía más en cuestiones horarias que la Eurocopa, especialmente a aquellos bichos raros que deseábamos ver todos los encuentros. Que éramos pocos. Cubrir estas grandes citas me enfrentó a una realidad difícil de asumir cuando uno empieza en la profesión: había mucha gente que se dedicaba al periodismo sobre fútbol, incluso gente a la que enviaban a un Mundial o a una Eurocopa, a la que el torneo en sí, en su globalidad, le importaba más bien poco. Gente que incluso encontraba raro, exótico, motivo de burla, que un periodista español tuviera interés por ver un Togo-República de Corea, el duelo prototípico del *freakismo* llevado al extremo en Alemania 2006. Estábamos en COPE, y obviamente no transmitíamos todos los partidos, como sí hacían los compañeros de Radio Marca que se encontraban a escasa distancia de nuestro módulo, y cuyos rostros conocí por primera vez aquel mes de julio sin sospechar que pocas semanas después trabajaría con ellos. Así que, muy a menudo, me quedaba solo, a la hora de comer, viendo en un monitor el partido de las 15:30 h. Los de la noche sí los comenté

todos en directo en Rock and Gol, la emisora musical y deportiva del grupo COPE en la que se decidió transmitir los encuentros en horario *prime time* en los que no jugaba España.

El IBC era mayor que el de Lisboa. Claro, había el doble de selecciones, y algunas de ellas, como México, provocaban un despliegue asombroso. Era como una atracción: «¿Habéis visto el plató de Televisa? ¡Es treinta veces el nuestro!». El combinado azteca representaba, además, uno de los grandes alicientes del campeonato. Jugaba muy bien —hasta Guardiola le dedicó un artículo en *El País* a la salida de balón de sus centrales Osorio y Salcido—, pero su entrenador era un argentino nacionalizado, Ricardo La Volpe, enfrentado con la mitad —o más— del periodismo del país, que hubiera preferido a Hugo Sánchez como seleccionador. Las ruedas de prensa de La Volpe, el *pim pam pum* al que era sometido tras los resultados adversos —histórico fue el posterior al empate con Angola en la primera fase— y el tono desafiante, orgulloso y nada conciliador con el que él respondía, constituían un espectáculo mediático sensacional. Tuve la oportunidad de visionar al lado de dos periodistas mexicanos un partido de su equipo en un auditorio que había en el IBC a través de una pantalla gigante. Su selección no estaba jugando nada mal, pero el más entendido de los dos se pasó todo el primer tiempo explicándole a su compañero que Pavel Pardo personificaba todos los vicios del *lavolpismo*: jugadores con nula creatividad en la mitad de la cancha. A mí me daba la sensación de que México era todo lo contrario: un equipo en el que cualquier futbolista era capaz de sacar la pelota de manera elegante, jugara en la posición en la que jugara. Me parecía tan injusto el trato que estaba recibiendo La Volpe —sin entrar en cuestiones políticas, simplemente por cómo se juzgaba su fútbol— que me convertí en casi militante de aquel equipo y lamenté su injusta eliminación ante Argentina —a Guardiola también se lo pareció— en octavos de final con un golazo de Maxi Rodríguez de otro planeta. Como era previsible, aquel fue el último partido de La Volpe en el cargo. Había tremendos argumentos de dignidad en el guion de su derrota, pero la sensación que percibí es que se enfrentaba a un ejército que no le habría reconocido el mérito ni en caso de haber ganado el campeonato.